

# QUIM ARANDA

## El avión de madera

que logró dar media vuelta al mundo

Editorial Candaya  
Candaya Narrativa 7

Prologo: Jose Antonio Garriga Vela  
ISBN: 978-84-936007-0-9

624 páginas  
21X14 cm.  
22 €



### EL AUTOR

Quim Aranda (Barcelona, 1963) es periodista. Ha trabajado en *Diari de Barcelona*, *El Observador*, *El Mundo* y fue guionista del programa cultural de Televisió de Catalunya, *Stromboli*. Desde 1998 colabora ininterrumpidamente en *Avui*: fue responsable durante dos años de la entrevista diaria de la contraportada y ahora escribe desde Londres, ciudad en la que reside.

En 1995 publicó el libro-entrevista *Què pensa Manuel Vázquez Montalbán*, donde se repasaba la trayectoria vital e intelectual del escritor. En 1997, como parte de su acercamiento a la obra montalbaniana, coordinó las actividades del Año Carvalho, homenaje celebrado con motivo del 25 aniversario de la primera aventura publicada del famoso detective, y escribió una biografía novelada del personaje (*El país de la infancia* y *Viaje de ida y vuelta*). Traducción italiana: *Piacere, Pepe Carvalho. Biografia autorizzata dell'investigatore più famoso di Spagna*), así como una serie de epílogos en varias ediciones conmemorativas de las novelas.

Actualmente, Quim Aranda escribe *En busca del señor Kaplan*, novela que tiene su origen en las visitas de Alfred Hitchcock y Eva Marie Saint al Festival de Cine de San Sebastián, en 1958 y 1959, respectivamente.

### **La obra: *El avión de madera que logró dar media vuelta al mundo***

Un avión de madera es un sencillo juguete. Un avión de madera capaz de dar media vuelta al mundo es un juguete extraordinario. Como extraordinaria es la peripecia que centra esta conmovedora novela: la emigración de una familia andaluza que, a lo largo de tres generaciones, se desperdiga por Cataluña, Brasil, Estados Unidos y Argentina.



Marcelo Rojo, mensajero aéreo con pánico a volar en avión, recibe una carta de una tía suya, Magda, de la que hace más de treinta años no tiene noticias. Tía Magda le propone un encuentro en Buenos Aires para devolverle un viejo juguete, un avión de madera que Marcelo, siendo niño, le regaló durante su única visita a Barcelona, en 1963. El viaje

que el narrador emprenderá, a las pocas semanas de la muerte de su padre —carpintero de oficio, que construyó para él y para su hermano mayor el avión de madera—, se convierte en una recuperación de sus orígenes, marcados por la emigración de sus padres desde un pueblo de Málaga a Cataluña, en 1958, y por su propia emigración, desde Cataluña a Estados Unidos, muchísimos años después. Marcelo repasa las razones de su alejamiento de la familia, al tiempo que irá descubriendo las razones y el drama que se oculta tras el largo silencio de su tía.

La emigración y el peso de la historia de España del siglo XX —y en especial de la Guerra Civil— en las generaciones que vivieron el conflicto directamente, y también en aquéllas que no lo sufrieron pero que son igualmente víctimas de sus consecuencias, son los ejes de esta novela que reivindica el valor de la memoria personal y colectiva como un bagaje vital necesario para encarar el futuro.

*El avión de madera que logró dar media vuelta al mundo* es, pues, una novela sobre el implacable peso de la historia y sobre la memoria de la emigración andaluza a Cataluña y a Sudamérica. Narra la historia de todos aquellos *ciudadanos Montilla* que llegaron a Cataluña en los años cincuenta y sesenta, huyendo del hambre y de la miseria de la posguerra, pero cuya voz, ni siquiera ahora, cuando uno de ellos ha llegado a la presidencia de la Generalitat, apenas se ha escuchado hasta el momento. Rara vez desde la novela se ha abordado con tanta profundidad y valentía el complejo tema de la emigración, tan fundamental en nuestra historia reciente y también en nuestros agitados días.

Pero *El avión de madera que logró dar media vuelta al mundo* va más allá del recuento de unos hechos cercanos a la epopeya. Es la constatación de que la historia (la de todos y la de uno mismo) deja siempre un poso del que resulta

imposible huir. De esa historia, la suya y la de todos, ha tratado de escapar el narrador, Marcelo Rojo. Pero como dice el tango que, junto a otras músicas, resuena en estas páginas, "el viajero que huye, tarde o temprano detiene su andar".

Pierre Vilar, el que fue comandante en jefe de la aviación republicana, Ignacio Hidalgo de Cisneros, Francisco Franco, Juanito Valderrama, el accidente de aviación del Manchester United en 1958, la desaparición de todo un pueblo bajo las aguas de un pantano en Málaga, la Barcelona de la gran nevada de 1962, la plaza Dorrego, en el barrio de San Telmo, en Buenos Aires, la ciudad brasileña de Santos o la bahía californiana de Monterey, son algunos de los personajes, hitos y escenarios de *El avión del madero que logró dar media vuelta al mundo*: una novela en que historia y memoria pugnan por abrirse paso hasta desvelar un inquietante secreto de amor.

En *El avión del madero que logró dar media vuelta al mundo* se combinan de manera acertada diferentes niveles de lectura: el retrato, a través de los ojos de un niño emigrado, de la Barcelona de los años 50 y 60; la exploración, desde el punto de vista de los perdedores, de buena parte del siglo XX español o la denuncia de ese tiempo de amnesia colectiva que, en los primeros años de la democracia, nos dejó sin pasado... Pero a la vez puede leerse como una trágica historia de amor, soledad y derrota.

### **Del prólogo de José Antonio Garriga Vela**

La atmósfera de la novela de Quim Aranda alcanza momentos de una densidad impresionante: el niño, el adolescente, el hombre enfrentado a la muerte. No sólo la muerte física de las personas, sino también la muerte de una sociedad que se ve obligada a emigrar de la miseria y no perecer ahogada bajo las aguas del pantano que todo lo sepulta excepto la memoria. La memoria de una sociedad cangrenada. Amputada. Todos buscamos motivos racionales para interpretar el silencio que nos rodea: el silencio de la ciudad sepultada bajo las aguas estancadas del pantano (...)

"Mi padre amaba la madera, la consideraba un bien precioso al que había que sacarle todo su provecho. Con los libros suele suceder lo mismo." Quim Aranda ha sacado provecho a la memoria para escribir un libro precioso. Ha viajado a contracorriente para llegar de nuevo a Escua y recuperar al niño que fue. Ha vaciado el pantano. Ha desenterrado la memoria. ¿Y los sueños? "¿Dónde quedan los sueños de los niños que no se hacen realidad, que nunca se convierten en sueños de adulto porque los adultos no tienen derecho a soñar?". Los sueños caben en una novela. La novela de un avión de madero que logró dar media vuelta al mundo.

### **FRAGMENTOS DE EL AVIÓN DE MADERA QUE LOGRÓ DAR MEDIA VUELTA AL MUNDO**

**"Pero será mejor no** adelantar tantos acontecimientos. Será mejor, en la medida de lo posible, ir poco a poco. Y ordenar los papeles y los recuerdos por años, asociarlos a personas, a ciudades. Para evitar que unos a otros se sobrepongan hasta confundirse.

- Lugares, ¿qué lugares, Marcelo?:

- Escua, Barcelona, Santos, Buenos Aires, Santa Cruz, Madrid.

Aunque, ¿y si fuera así como trabaja la memoria? ¿Y si la memoria fueran estímulos que se azuzan los unos a los otros, saltos hacia adelante en el tiempo, vueltas atrás apresuradas y sin sentido aparente? Un caos de hechos e imágenes, una sucesión que no puedes controlar. Porque un perfume, el olor de una especia o de un pan cocándose en un horno; el aroma de un cigarrillo, una melodía, el recuerdo de un libro o una fotografía que amarillea pueden llevarnos a cualquier lugar. Porque tras una puerta que se abre nunca se sabe con certeza qué encontraremos al franquearla.

De todos modos, al menos por ahora, lo más sensato será volver al taller de la calle María, en el barrio de Gracia. *Volver*, Marcelo. Como en ese tango que escuchabas hace unos días, el tónico, y que parecía que te acompañara obsesivo por los paseos que has dado en Buenos Aires, vencido, por fin, el miedo al pasado."

Págs. 25-26

**Pero ponerle ese viejo traje** nuevo a mi abuelo no es tan fácil como decir y hacer. Ponérselo es enfundarle otra vez unos años que ya pasaron pero que pesan como la losa que dentro de poco lo ha de cubrir, aunque a mi abuelo lo enterrarán en un nicho, no en una tumba. Ponérselo es un sinsentido para un muerto porque los muertos no recuerdan y los vivos a menudo tampoco. Endomingarlo para la muerte es volver a un tiempo que quisieron borrar bajo las aguas de un pantano que tenía que haber inaugurado Franco pero que nunca fue a inaugurar, porque aquél era demasiado poco pantano para tan gran Caudillo, incluso demasiado poco pueblo para aparecer en los mapas, ni siquiera para conservar memoria de sí mismo.

Aunque la tiene, sí. Ahí están las cartas de la abuela Teresa y los cuadernos de don Ricardo, que tía Magda me dará en Buenos Aires, junto con el avión de madera de roble, y el barco que le hizo mi padre cuando ella se marchó a Brasil, en mayo de mil novecientos cincuenta y cuatro. La memoria de Escua también está bajo las piedras de la calle Nueva, ahora cubiertas de agua y moho y suplantadas por las de otra calle nueva, que también llaman Nueva, y bajo las piedras de la calleja del Cañito o de la calle Carrera, del Llano o de la calle Piedrahita, de los Cuatro Cantillos y la calle Almohalla; memoria de la tapia del cementerio y del interior mismo del cementerio, donde hubiera debido haber, pero nunca hubo, lápidas que recordasen a los fusilados de la guerra. Tanta memoria y tanta desmemoria se amontonan en el osario del cementerio de Villanueva, donde fueron a parar la mayoría de los cadáveres de Escua, exhumados a todo correr porque con las prisas de última hora, con el trajín de las mudanzas a las nuevas casas, con las familias que anunciaron sus marchas repentinas para Málaga, Madrid, Barcelona, o aun Australia, entre unos y otros –¡mira, el padre Pedro, en qué estaría pensando!– casi se olvidan del cementerio y los muertos.

La muerte, sin embargo, no es cosa de prisas porque es eterna y para qué correr, ni aun con la amenaza de la inundación. Pero precisamente por eso corrieron, y de ahí el lío que se armó y los disgustos, no pocos, que causó tanto desbarajuste.

Porque ni siquiera el sacerdote pudo dar garantías de que los restos de los muertos de Escua se trasladarían con orden y cuidado al campo santo de Villanueva para conservar sus identidades de muertos con nombres y apellidos. Y los muertos, al fin, adquirieron categoría de cuerpos anónimos, aunque don Ricardo siempre decía, sobre todo por aquellos días y en contra de la opinión enconada del cura, que, de un modo u otro, todos son y seremos muertos anónimos. Sería porque había visto muchos a lo largo de su vida, que así hablaba, o porque cuando se giraba el viento

sus comentarios se tornaban más cáusticos y amargos, una amargura que en silencio le consumía la vida con la misma metódica disposición con que él consumía su tabaco. Y los muertos de Escua y su sino de confusión final, amartillaba el médico, justos con pecadores, honrados con estraperlistas, víctimas con victimarios, era una señal, el signo de los tiempos que estaban por llegar pero que él ya no vería.

Págs. 226-228

**Un huevo.** Sobre la mesa desnuda de manteles, un huevo duro, solitario, en el centro de un plato sopero ni muy grande ni muy pequeño. Visibles son las marcas de los años en la mesa, leves hendiduras de cuchillos romos que escarbaron en la madera a falta de otra distracción, de palabras que decirse; algunas quemaduras de colillas descuidadas, el recuerdo de los cigarrillos que fumara Arístides, Derby, de la casa Nobleza Piccardo; el recuerdo de cómo él y Magda dejaron que el tiempo se consumiera sobre sí mismo, sobre sí mismos.

–Aún debe de haber por ahí algún paquete de Derby, de cuando Arístides vivía –me había dicho tía Magda–. Fumas tanto que aunque te quedes sin tabaco, no te preocupes, que saldrá una cajetilla perdida en cualquier rincón.

–No te preocupes, tú, tía –le respondí–. Llevo tabaco de sobras.

La luz que ilumina la estancia cae cenital sobre el huevo y sobre el plato que lo abraza con afán interrogador, como si el huevo pudiera evocar nada, hablar o responder a las preguntas que intercambiamos la anciana Magda y yo. Es el vaivén de un péndulo, contestaciones que van y vuelven, las hojas marchitas de calendarios pasados a las que damos vueltas y más vueltas, hojas muertas que se resquebrajan como sucede entre octubre y febrero en un jardín abandonado.

Afuera, incesante desde que llegué, el golpeteo de la lluvia en el plexiglás, los geranios mojándose en los tiestos de los corredores del edificio, un cubo y una fregona olvidados a la entrada todavía, la enorme y pesada puerta, su alma de cristal a punto de hacerse añicos, las pisadas de la portera, que deja ligeras huellas en las baldosas, pies diminutos que se mueven con diligencia por todos los pasadizos del inmueble para evitar que los desagües se embocen: el agua, como el aire, como las conversaciones y la memoria, debe correr libre.

Lo saben hasta las porteras. Al menos las porteras de Buenos Aires.

Tercer día, noche ya, en San Telmo. Una copa con restos de vino peleón, la jarra a medio vaciar que el marido de Magda comprara en la plaza Dorrego, un cenicero con demasiadas colillas –hace rato que ni ella ni yo nos levantamos de nuestros asientos–, un aroma a tabaco que es peste ya, un paquete de Dunhill abierto, otro por abrir; justo al lado, el encendedor. Un metro más allá, a mi derecha, encima de un bufet tal vez apolillado en sus patas, el avión de madera de roble y el barco. También un tapete de ganchillo, que fue de color blanco. Y un par de fotos: conocía una, Magda el día en que llegó al puerto de Santos. La otra, no: Magda en la cocina de Las Tres R, con Zezé en segundo plano, aunque dando instrucciones, dirigiendo las operaciones, como orientando el devenir y quizá también advirtiendo que la *fejjoada* estaba en su punto ya, tras los últimos hervores.

El espejo del bufet me devuelve una imagen vagamente conocida, lejana, del barco. Quizá sea el trasfondo, recuerdo del relato detallado de la marcha del *Cabo de Buena Esperanza*, puerto de Cádiz, mil novecientos cincuenta y cuatro, aquel

narrar interpuesto de mi padre que hiciera mi madre tanto tiempo atrás, a la luz de unas velas en la calle Zaragoza, pocos días antes del accidentado viaje de nuestra tía a Barcelona: adiós, adiós mi España querida, jamás en la vida yo podré olvidarte. Aunque no es a España a quien Magda no podrá olvidar jamás, a quien no querrá olvidar nunca. Es a don Ricardo; mi tía le añorará el resto de su vida; un don Ricardo que nada tiene que ver con la España de la canción, aunque fuera inspirada por y para exiliados; él, un exiliado interior más. Pero la canción perdió todo su sentido, si algún día lo tuvo, porque Juanito Valderrama hubo de cantarla ante Francisco Franco Bahamonde, consiguiendo que el asesino la hiciera suya, se emocionara por una vez en su puta vida y solicitara al artista:

–Valderrama, ¿usted sería tan amable de cantarla otra vez?

Págs.585-587

## **Ruedas de prensa**

### **Barcelona**

Café Salambó, C/ Torrijos 51 (junto al cine Verdi Park)  
Martes, 23 de octubre, a las 11.30

### **Palma (Mallorca)**

Llibreria Àgora, Jardí Botànic 2  
Viernes, 26 de octubre, a las 11.30

## **Presentaciones**

### **Mataró.** (Llibreria Robafaves. C/ Nou 9)

Miércoles, 24 de octubre, a las 19.30.  
Presenta: Jordi Carrión (escritor y crítico literario).

### **Barcelona.** (Llibreria Taifa. C/ Verdi 12)

Jueves, 25 de octubre, a las 19.30  
Presentan: David Castillo (poeta, novelista y crítico literario) y José Luis López Bulla (ex secretario general de CCOO de Catalunya).

### **Palma (Mallorca)** (Llibreria Àgora. Jardí Botànic 2)

Viernes, 26 de octubre, a las 20.30 horas.  
Presenta: Juan Luis Calbarro (Poeta y crítico literario y de arte).